

## El artista usado

■ Teóricamente, al menos, todo aquello que concita admiración, prestigio, estima, debiera ser bien pagado. Sin embargo, no es así.

Entre nosotros, el artista goza de buena fama y excelente reputación, pero su obra no ingresa privilegiadamente al mercado de la oferta y la demanda.

En cambio, el artista siempre es buscado para avalar cualquiera campaña de interés público. Su presencia aporta buenos dividendos a los gobernantes que gustan exhibirse en su compañía y, mucho más, a quienes aspiran a gobernar. Cada vez que es necesario firmar un manifiesto, las primeras firmas que se requieren son las de los artistas y, aún, la propaganda comercial estaría feliz de contar con algún nombre de prestigio intelectual para respaldar cualquier producto.

No es esto algo que ocurra sólo entre nosotros y privativo de la época contemporánea. Cuando en 1808 Napoleón convocó en Erfurt el Congreso de los Príncipes, se hizo acompañar por el más famoso actor de su época, Talma, junto a lo más representativo de la Comedia Francesa. Así, un congreso realizado para impresionar a los países satélites atomizados y a los aliados vacilantes, es decir, con una finalidad netamente política, fue respaldado moral y éticamente por las figuras más importantes del teatro galo.

La Alemania nazi fue menos disimulada. En el organigrama de la estructuración administrativa nazi, la actividad teatral quedó dependiendo directamente del Ministerio de Propaganda que dirige Goebbels. Directores, escenógrafos, actores, actrices y autores pasaban a ser, así, agentes del nazismo. El resultado final quedó a la vista con el juicio que otorga el tiempo. Lo mejor del teatro alemán de esa época lo constituye la obra de Bertold Brecht, realizada en el exilio.

Recientemente, se firmó la renova-

ción del tratado sobre el Canal de Panamá. La comitiva de Trujillo contó con la presencia, entre otros, del novelista inglés Graham Greene y del colombiano García Márquez.

¿Por qué la gente que detenta el poder o que aspira a detentarlo se siente halagada con la presencia del artista?

Tal vez sea porque al artista se le supone más allá del bien y del mal, su prestigio nace de una actividad que muy pocos aprecian, pero que de alguna manera se les aparece como importante. El sólo hecho de que la realización de una actividad artística no presuponga la búsqueda de ninguna parcela de poder, otorga al artista una aureola cercana a la santidad.

Y en esta cercanía y semejanza se encuentra la trampa en la que cae ingenuamente el artista. Al ser llamado por los poderosos para que se retraten a su lado, al ser solicitado para que suscriban documentos con todo tipo de declaraciones, al ser citados en los discursos, el artista ingenuamente cree que ello le significará una mejor venta de su producto artístico y, con ello, un mejor pasar.

Profundo error.

Para la percepción popular, un artista es un santón que vive, no de chuletas, sino de espiritualidad. ¿Y cuándo a alguien se le ha ocurrido pagarle a un santo para que lo sea? Su premio consiste en estar en el santoral.

Así, desde el principio de la historia, el prestigio y la fama del artista han servido para otorgar dividiendo a quienes detentan el poder o bregan por conquistarlo.

Como recompensa por esos servicios prestados, algunos pocos afortunados reciben una corona de laureles o una pensión vitalicia de ocho sueldos vitales, o de "n" números de unidades de fomento.

Algo es algo.

PARTIQUINO